

## ESCENA XIV

DICHOS y DANIEL en el traje del acto primero, sale apresurado por la derecha

DANIEL. (Queriendo abrazarla.) ¡Sara!

SARA. (Desviándose.) ¡Calla..., este es el otro!

DANIEL. No..., soy yo... «¡Juego limpio!»

SARA. ¡Ah, él es! (Échase en sus brazos.)

DANIEL. Ya llegó mi hermano Jorge..., le enteré de todo, y... (Mirando al foro.) ¡Mírale..., mírale firmando el contrato!

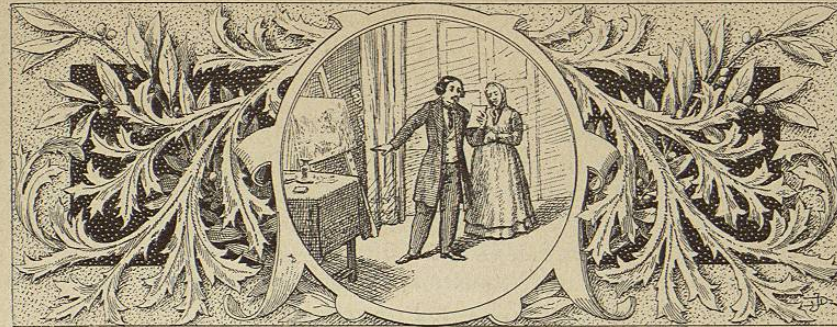
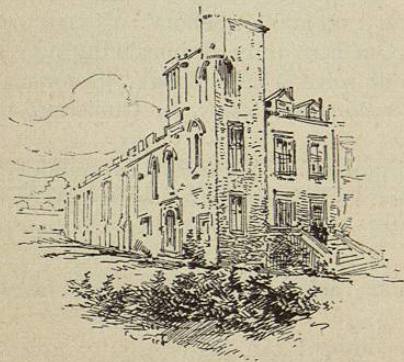
SARA. ¡Ah, qué alegría!

TOBI. ¡El pobre capitán había caído en una emboscada enemiga, y estaba prisionero... ¡Cómo había de venir!... Ya está aquí, y mandará el regimiento.

DANIEL. Y yo me vuelvo á mi cerveza... y á mi Sara. (Abrazándola.)

TOBI. ¡Sí, sí... marchaos pronto!

DANIEL. (Al público). Ya que sin hacerlo bien me han dado por carambola tanto aplauso y parabién, público, ruede la bola, y apláudeme tú también.



## OTRA CASA CON DOS PUERTAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

## PERSONAS

D. FEDERICO. — D. LUIS. — D. CASIMIRO. — D. LORENZO. — DOÑA CLARA. — DOÑA ENRIQUETA. — DOÑA ISABEL. — DOÑA INÉS. — ANTONIA

(La escena es en Madrid: el primer acto en casa de D. Federico: el segundo y el tercero en la de doña Inés)

## ACTO PRIMERO

El teatro representa un cuarto de pobre aspecto: en el fondo la puerta de la escalera, y á su derecha una alcoba con cortinas. En el costado derecho una ventana, y delante de ella un caballete con un cuadro; y en primer término una mesa, sobre la cual hay una caja de pistolas, escribanía, papel, fósforos, etc. — En el costado izquierdo un brasero, un biombo, que ocupa gran espacio y oculta un velador; y en primer término una puerta secreta en la pared y medio cubierta con un cuadro. Otros varios cuadros acá y allá y diversos objetos de pintor.

## ESCENA PRIMERA

CLARA, ENRIQUETA, ISABEL

(Al levantarse el telón, Isabel está escuchando por la cerradura de la puerta del foro; Enriqueta, cerrando el biombo, y Clara junto al caballete, en el cual ha colgado una capa. Sobre la mesa hay un ramo de flores.)

LAS TRES. (Con misterio.) ¡Chit!

ENRIQUETA. (A media voz.) ¿Es él?

ISABEL. ¡Sí! (Corren hacia la izquierda dirigiéndose al biombo: Isabel, que se ha detenido un poco, saca del seno un ramo de flores, lo besa furtivamente, y lo deja en la mesa: Clara la llama por señas; y las tres desaparecen detrás del biombo, que queda cerrado. Inmediatamente se abre la puerta del foro, y salen por ella Federico, Antonia y luego Luis.)

## ESCENA II

FEDERICO, ANTONIA. Luego, LUIS

- FEDERICO. Gracias, Antonia. (Aparte incomodado.) ¡Fatu!.. ¡No quererme saludar! – Váyase usted, Antonia, y de aquí á un cuarto de hora tráigame usted la cena.
- ANTONIA. ¡Calla!.., ¿á las cinco de la tarde ya quiere usted cenar?
- FEDERICO. ¡Uf!.., ¡qué frío está el cuarto!.. Sí: en cuanto anochezca, me acuesto.
- ¡Ah, diga usted!, ¿no ha venido nadie á buscarme?
- ANTONIA. Nadie.
- FEDERICO. ¿Quién se ha de atrever á subir seis tramos?
- LUIS. (Saliendo.) ¡*Sic itur ad astra!*.., ¡noventa y tres escalones!..
- ANTONIA. ¡Adiós! ¡Visitas!.. (Se va por el foro.)
- FEDERICO. ¡Luis!.., tú por acá!
- LUIS. ¡Adiós, pintor insigne!.. ¡Rafael moderno!.. ¿Este es tu estudio?
- FEDERICO. Sí, mi estudio.., y mi sala y mi alcoba y mi comedor. (Señalando al biombo.) y allí mi cuarto de vestir, cuando tengo visitas.
- LUIS. ¡Pues tienes una casa completa... y todo bajo una misma llave... siempre es comodidad!.. (Tiritando.) ¡Uf, y el brasero con ceniza no más! No se puede ser genio en este siglo... porque tú eres un genio y yo otro. ¡Oh! ¡Estamos destinados á honrar los pinceles y el foro!.. ¡Tú serás un Velázquez, y yo un Cicerón... es cosa evidente! Así se lo he dicho hace un momento al tonto de Casimiro, que acabo de encontrarle ahí á la esquina..
- FEDERICO. También yo le he encontrado, y el fatuo ha vuelto la cabeza por no saludarme.
- LUIS. ¡Se da un tono!.. Me ha dicho que se casa con una linda muchacha... y ni siquiera por cumplimiento me ha convidado á la boda.
- FEDERICO. ¡Qué, ni á mí tampoco me convidará... ¿Quién es un pintor?
- LUIS. ¡Trasto!.. Portarse así con unos condiscípulos... pero deja: él me la pagará, se va á casar.
- FEDERICO. ¡Qué! Verás qué dichoso es... ¡y yo!..
- LUIS. ¡Tú!.. Tú lo que tienes hoy es un esplín... ¿Has recibido noticias de tu pleito?
- FEDERICO. No. En la última carta que me escribió el agente me decía que iba á verse en la Audiencia de Sevilla... Yo no puedo apremiar al tal agente... porque como lo hace de balde...
- LUIS. Si lo pierdes...; pero como lo ganas, ¡ya verás!.. ¡Y lo ganas, de fijo! ¡Es un pleito admirable!.. ¡Un hijo que defiende el honor de su padre!.. ¡Caramba! ¡Si lo hubiera defendido yo! ¡Oh!
- FEDERICO. ¡Lo hubieras perdido!
- LUIS. ¡Puede ser! Conque, vamos al caso; te ofrecí venir á ver tu cuadro, y te cumplo la palabra: ¿dónde está?
- FEDERICO. ¡Hombre! Lo he mandado ya á la exposición.
- LUIS. ¿A la exposición?... ¡Me alegro! ¡Va á dar golpe el cuadro!
- FEDERICO. ¡Qué! ¡No lo creas!.. ¡Si yo tengo desgracia!.. ¡Nada me sale bien! Y aunque gustara, ¿qué adelantaría? ¿Quién aquí compra cuadros? ¿Quién protege á los artistas? ¿Qué estímulo tienen? ¿Qué protectores?... ¡Nada... ni un amigo!

LUIS. ¡Ingrato! ¿Y yo?

FEDERICO. (Dándole la mano.) ¡Es verdad! ¡Perdóname, soy injusto!.. Y es que ya estoy harto de la vida inquieta y angustiada que hago en Madrid. Estoy harto de esperar, sin ver en el horizonte ni siquiera un rayo de esperanza... ¡y hay momentos en que se me ocurre tirar los pinceles y pegarme un tiro!

LUIS. ¡Eh! ¡Silencio! ¿Qué es eso?... ¡Estamos frescos! ¿Así se desanima uno á los veintidós años? ¡Vaya! ¿Porque no eres todavía conocido y apreciado en lo que vales?... ¿Porque no tienes nada, como me sucede á mí?... Es decir, yo tengo deudas... siempre es tener algo. ¿Y me desespero yo por no tener clientes... y haber compuesto, para hacer tiempo, una comedia en variedad de metros, que me han silbado, y unos folletines, que nadie lee? ¡No, señor! ¿De qué nos sirve la filosofía que hemos estudiado juntos? Y vosotros los pintores tenéis una ventaja... ¿Os va mal en vuestro país?... pues á otro; la pintura es lenguaje universal... ¡á París, á Londres!

FEDERICO. ¡Sí! Y hasta darse allá á conocer, ¿con qué se come? ¡Ay Luis, no sabes tú lo que es haberse criado con medios, y verse luego solo, en una buhardilla, sin más porvenir que la indigencia y la desesperación!

LUIS. ¿Y quién te ha dicho que no lo sé?... ¡Vaya si lo sé!.. ¿Pero sabes lo que hago? Me tiendo en la cama, enciendo un cigarro, y me pongo á soñar y á formar castillos en el aire. Lo mismo es cerrar los ojos, me veo en una gran casa llena de espejos, con el coche á la puerta, con caballos, con mujer, con bodega... Y así que me despierto, salto y me pongo de un brinco en la calle... y me voy á cenar con un amigo, como hoy... Conque ¿cenaremos juntos?

FEDERICO. ¡Ah! Venías á... (Aparte.) ¡A buena parte!

LUIS. ¡Qué! ¿No tienes costumbre de cenar?

FEDERICO. La verdad, hombre...

## ESCENA III

DICHOS, ANTONIA

ANTONIA. D. Federico, aquí está la cena.

LUIS. ¡A estas horas! Vamos, he llegado á tiempo.

FEDERICO. Sí...; pero... como no es muy abundante...

LUIS. ¡Ta, ta!.. Donde come uno comen... (Viendo la jícara de chocolate que trae Antonia.) ¿Qué es eso?

ANTONIA. ¿Qué ha de ser? ¡La cena de D. Federico!.. El chocolate como todos los días.

FEDERICO. Bien, Antonia; ponga usted la jícara ahí en el brasero para que no se enfríe.

ANTONIA. ¿En el brasero?... Puede que arropándola con la ceniza conserve el calorillo.

LUIS. ¿Conque... es decir... que esa es tu cena ordinaria?... ¿El chocolatillo mondo y lirondo?

FEDERICO. Sí, amigo, por la noche es lo único que me sienta bien. Y además, que aunque quisiera... ¿Entiendes?

LUIS. Mucho que lo entiendo. Pero hombre... ¿en este barrio no fían?

FEDERICO. ¡Fiado! ¡Dios me libre!

LUIS. ¡Pues! He aquí una de las muchas preocupaciones... ¿De qué viven los Estados sino del crédito? En fin, ¡que te haga buen provecho! No es cosa de partir una jícara de chocolate. (En este tiempo Antonia ha puesto la jícara y demás cosas en la mesa, y ha retirado el biombo, detrás del cual se deja ver un velador con servilleta, cubierto, viandas, botella, etc.)

ANTONIA. ¡Calla!

LUIS. ¡Calla!

FEDERICO. ¡Calla!

LUIS. ¡Oiga! Jamón, empanada, fruta, vino de Jerez... Bien te decía yo..., que donde come uno, comen...

FEDERICO. ¡Yo! Si yo no...

ANTONIA. Esto lo habrá traído D. Federico.

FEDERICO. (Que se ha dirigido á la mesa de la derecha y ve las flores.) ¡Cielos!..

LUIS. ¿Eh?.. ¿Caído del cielo?

FEDERICO. ¡Antonia! ¡Antonia!..

ANTONIA. Mande usted.

FEDERICO. ¿Ha entrado aquí alguien mientras yo he estado fuera?

ANTONIA. ¿Aquí? D. Federico, si se llevó usted la llave...

FEDERICO. Pues alguien ha entrado..., y si no, ¿por dónde se ha metido esa cena? ¡Veamos!.. A menos que haya sido usted...

ANTONIA. ¡Dale! Volvemos á lo de ayer..., que se empeñaba en que yo le había puesto dinero en el bolsillo. Yo soy incapaz de...

FEDERICO. (Que entretanto ha abierto enteramente el biombo.) Pero bien, ¿y estas flores?

LUIS. Nada de flores; yo prefiero los frutos.

ANTONIA. ¡Es que tiene usted estos días la cabeza yo no sé cómo! Me dice usted esta mañana que vea al casero y le pida unos días de plazo...

FEDERICO. ¡Si quería que saliese mañana del cuarto..., por dos meses que le debo!

LUIS. ¡Yo le debo al mío seis, y firme!

ANTONIA. Pues señor, voy, y me sale con que ya le había usted enviado el dinero ayer, y había dado el recibo.

FEDERICO. ¡Oh! Eso sí que es falso... A no ser por brujería...

ANTONIA. Y ya que está usted en fondos..., si quisiera usted acordarse que mi salario..., hace dos meses...

FEDERICO. ¡Antonia! ¡Antonia! ¡Déjeme usted en paz!

ANTONIA. Bien, señor..., me voy.

FEDERICO. (Yendo á ella y deteniéndola.) Palabra. - ¿Está usted segura de no haber dado á nadie la llave?

ANTONIA. ¡Otra!.. Si digo que la lleva usted en el bolsillo.

FEDERICO. ¡Es verdad! Y diga usted..., los vecinos. .

ANTONIA. ¡Señor! Si en este piso no hay ninguno... Piso tercero y último..., no hay más cuarto que éste y esa buhardilla del lado donde vivo yo.

LUIS. ¡Oh, esa es sagrada!

ANTONIA. (Con un gesto.) ¡Hum, sagrada! ¡Qué gracia!

FEDERICO. ¡Déjenos usted, Antonia!

ANTONIA. Luego volveré á quitar la mesa.

FEDERICO. Bien. ¡Déjeme usted!

## ESCENA IV

FEDERICO, LUIS

LUIS. (Sentándose á almorzar.) ¡Tú te has vuelto loco!

FEDERICO. ¡Poco me falta! ¡Yo estoy soñando!

LUIS. Yo no, que estoy muy despierto y con un apetito... Hoy he comido con mi tío, que come á las dos. ¡Si me lo daba el corazón!

FEDERICO. ¿Vas á comer de eso? ¡Cuidado, Luis! ¡Sabe Dios lo que habrá en esos platos!

LUIS. ¡Yo me arriesgo! (Comiendo.)

FEDERICO. Pero señor, ¿quién será el que cuida de mí?..

LUIS. (Con la boca llena.) Algún aficionado á las artes...

FEDERICO. Es que si tú supieras...

LUIS. (Ofreciéndole silla.) Es alguna aventura..., bien..., cuéntamela..., aquí .., entre trago y trago... (Oliendo el pastel.) ¡Esto trasciende! Conque cuenta, cuenta.

FEDERICO. (Sin sentarse.) ¡Aquí hay un misterio que no puedo adivinar! Figúrate que... hace unos quince días..., sí, quince..., salí á la calle desesperado..., después de tirar los pinceles y arrinconar un país que me parecía detestable... Vuelvo al cabo de una hora, y encuentro aquí..., en esa mesa..., lo mismo que ahora..., un ramo de flores y un papel en que estaba escrita esta palabra, esta sola: *Valor*.

LUIS. ¡Cosa rara! (Bebiendo.) A tu salud.

FEDERICO. Pues aquello me dió efectivamente valor, y acabé el país. Hay más: al otro día, yendo á salir, recojo un bolsillo que había dejado ahí vacío.

LUIS. ¡Ya! Como un cuerpo sin alma.

FEDERICO. Y me lo encontré con alma... ¡Mira!

LUIS. ¡Doblillas de oro!

FEDERICO. (Sentándose junto á la mesa.) No he tocado á ellas..., ¡ya te lo puedes figurar! Eso es como una especie de limosna, que yo no debo aceptar. ¡Dínero!

LUIS. ¡Apruebo, apruebo! Me lo prestarás, y yo te lo pagaré..., de lo que me valga el primer pleito..., ó la primera comedia..., ó el primer folletín... Pero hombre, ¿y no sabes de dónde te ha llegado esta suma?

FEDERICO. ¡Qué he de saber! Ni la suma..., ni el papel..., ni la cena..., ni las flores.

LUIS. ¡Qué diablura! Y mira tú..., una cosa para cada sentido..., sobre todo la destinada al paladar. Pues señor, esto no puede venir sino de una mujer.

FEDERICO. (Levantándose.) ¿De una mujer?

LUIS. ¡Hola!.. ¿Qué es eso?.. ¿Qué te da?

FEDERICO. ¿Crees que sea de una mujer?.. ¡Ay, amigo mío!

LUIS. ¿Y por qué no? Tú eres un guapo muchacho..., ¡y vaya, que no será la primera! Tú, así, á lo cazurro, sabes... (Bebe.) A la salud de la chica, sea quien fuere.

FEDERICO. ¿Pero de veras crees que estos regalos?..

LUIS. Creo. Y debe ser señora de alto copete..., ¡cáspita! (Levantándose.) ¡Doblillas de oro, y una cena opípara!..

FEDERICO. ¡Es posible! ¡Habrá en el mundo una mujer que piense en mí! ¡En un

pobre huérfano, abandonado de todos, privado de los bienes que su padre le dejó, sin apoyo, sin esperanza! ¡Una mujer! ¡Ah! ¡Esa idea hace palpar mi corazón!.. ¡Sí, Luis, sí! ¡Yo amo!.. ¡No sé á quién...; pero necesito amar..., y amo!

LUIS. ¡Bien hecho! ¡A todas las mujeres, á todas! Así entrará esa en el número, á menos que sea otra dama duende.

FEDERICO. Por fuerza lo es, para penetrar aquí y llenarme de beneficios.

LUIS. (Escribiendo la botella.) Así te llenara de botellas...

FEDERICO. ¿Pero por dónde entra?

LUIS. (Apartando el velador y las sillas.) ¡Toma!.. Un duende entra por cualquier parte. Pero, á ver, repasa la memoria. ¿No recuerdas?..

FEDERICO. (Sentado junto á la mesa.) Sí..., recuerdo que cuando murió mi padre en Sevilla, yo caí enfermo de la pesadumbre..., estaba en cama con un calenturón que me tuvo dos días sin conocimiento, y cuando volví en mí, supe que una mujer había venido varias veces..., una mujer hermosa, según me dijeron..., y había pasado muchos ratos sentada á mi cabecera. Pregunté cómo se llamaba; pero nadie la conocía..., decían que debía ser forastera. La esperé..., pero no volvió más.

LUIS. ¡Sería alguna hermana de la Caridad..., alguna vieja..., y en Sevilla!.. Esa no es: á ver otra!

FEDERICO. Luego, cuando me restablecí, viéndome sin recursos, me vine á Madrid, y empecé á pintar, y me acuerdo que en el balcón de enfrente se ponía una joven, y allí pasaba las mañanas cosiendo y cantando detrás de la cortina: ¡pero qué voz! ¡Qué acento! ¡Se me figura estarla oyendo todavía!.. Nunca llegué á verla, porque solamente de cuando en cuando sacaba la mano para apartar la cortina y echar una mirada á mi balcón... Pero cuando yo acudía con los ojos... ¡zas!, como un rayo corría la cortina. Aquella voz me tenía encantado. ¡Me producía unas sensaciones tan dulces! Ya una mañana me levanté decidido á verla., subí á su cuarto..., llamé...

LUIS. ¿Y qué?

FEDERICO. ¡Nada! El cuarto estaba desalquilado. Quise informarme en la vecindad..., y nada averigüé.

LUIS. Pues tampoco es esa. ¡Una costurera!.. Las costureras no dan empanadas, se las comen. Vamos con otra. ¿Te acuerdas de alguna más?

FEDERICO. No. Otra vez me acuerdo que estando una noche en las máscaras, se agarró á mí una de dominó negro, y me estuvo hablando de mi situación, consolándome, aconsejándome que tuviera valor, que no perdiera la esperanza. Pero á poco se llegó á ella otra, y desaparecieron sin que pudiese volverla á encontrar!

LUIS. ¿Conque sacamos tres?

FEDERICO. ¡Tres y ninguna! Porque yo acá en mi imaginación he hecho tal mezcla de las tres, que las miro como una. ¡Una mujer imaginaria, á quien amo, á quien adoro!

LUIS. Pues señor, sea una ó sean tres, no es posible que entren aquí por el balcón... ni por el ojo de la llave.

FEDERICO. Pues no sé: yo te puedo jurar que aquí no viene nadie.

LUIS. ¡Hombre! ¿Si será algún aficionado á la pintura?.. Algún protector extravagante.. que te quiere estimular.

FEDERICO. ¡Quién sabe! Lo que es mujer...

## ESCENA V

FEDERICO, ANTONIA, LUIS. Luego, D. LORENZO

ANTONIA. ¡D. Federico, D. Federico!

FEDERICO. ¿Qué hay?

ANTONIA. Aquí preguntan por usted.

LUIS. ¿Es mujer... bonita?

ANTONIA. ¡D. Federico no recibe mujeres! Es un caballero alto, feo. Ahí viene.

LORENZO. (A la puerta.) ¡Vamos! ¿Se puede ver á ese Sr. D. Federico?

FEDERICO. (Saliendo á su encuentro.) Yo soy, caballero. ¿A quién tengo el honor de hablar?

LORENZO. Mi nombre no hace al caso.

LUIS. Vendrá á ofrecerse para modelo.

LORENZO. (Yendo á sentarse junto á la mesa.) ¿Mande usted?

FEDERICO. (Aparte á Luis.) ¡Luis!

LUIS. (A media voz, riendo.) ¡Ya se ve! Para un cuadro de Hércules..

LORENZO. (Sentándose.) Conque, Sr. D. Federico.

LUIS. (A Federico.) Ruega al señor que tome asiento.

LORENZO. ¡Gracias! ¡Vive usted en los cielos, hombre! ¡Es cosa de no acabar nunca de subir!

ANTONIA. (Aparte á Luis.) ¿Verdad que es feo?

LUIS. ¡Caramba! (Antonia se va.)

LORENZO. (A Federico, que le mira.) Usted no me conoce... No es extraño, porque no me ha visto usted nunca. Pero yo tengo largas noticias de usted.

FEDERICO. ¿Por quién, caballero?

LORENZO. ¡Hola, por quién! ¡Se va usted á poner tan hueco! Por una dama muy guapa, que ha visto cuadros de usted y le protege.

LUIS. ¿Una dama muy guapa? (Aparte á Federico.) ¡Ella es, Federico! ¡Tu dama duende!

FEDERICO. ¡Deja, hombre! ¡Qué disparate!

LUIS. Y éste es su ayuda de cámara.

FEDERICO. (A D. Lorenzo.) ¡Una dama!.. No alcanzo...

LORENZO. Ni hay para qué. Me ha dicho que es usted joven..., eso es verdad: que es usted pobre..., mucho me lo temo.

FEDERICO. Caballero...

LORENZO. Me ha dicho también que es usted mozo de habilidad..., que va usted á enviar á la exposición un cuadro que le parece muy bueno.

FEDERICO. ¡Ah! Le parece á esa señora... (Aparte.) ¡Luego lo ha visto!

LUIS. Y esa dama vive ahí cerca, ¿eh? Calle de..., número...

FEDERICO. Sí..., vivirá...

LORENZO. En Guadalajara..., y siempre padeciendo, con jaquecas, con nervios..., ¡qué sé yo!

FEDERICO. (Aparte á Luis.) En Guadalajara...

LUIS. (A Federico, yéndose al foro.) ¡Nada! Esa no es.

LORENZO. Yo tengo aquí en Madrid una casa magnífica..., y vea usted, no hace nada que la mandé pintar..., si entonces le hubiera conocido á usted... A mí

me gusta mucho la pintura! Le hubiera encargado á usted que me pintase allí algo..., unos angelitos en el techo. Pero ya se hizo.

LUIS. (Aparte á Federico, bajando á su derecha.) ¡Este es algún bolsista!

LORENZO. Ahora lo que deseo tener allí es mi retrato... ¿Quiere usted hacérmelo?

LUIS. ¿En el techo?

FEDERICO. Lo siento mucho, caballero..., pero yo no pinto retratos.

LORENZO. ¡Calla! ¿Pues qué diablos pinta usted?

FEDERICO. Países.

LORENZO. ¡Ah! ¡Países! ¡Ya, ya sé!.. Son esos cuadritos chiquitos, con árboles y figuras así..., muy pequeñitas, y vacas...

LUIS. Y asnos.

LORENZO. ¡Ya estoy! Me los enseñará usted, y le compraré algo. ¡Sepa usted que le estimo mucho, mucho! ¿Usted tiene un pleito en Sevilla?

FEDERICO. (Pasando en medio.) Sí, señor... ¿Cómo sabe usted?..

LORENZO. Un pleito, que perderá usted.

LUIS. Que ganará.

LORENZO. Que perderá. Yo conozco á la parte contraria...

LUIS. ¡Un usurero!

LORENZO. ¡Mocito! (Levantándose.)

FEDERICO. ¡Luis! ¡Por Dios! Yo, la verdad, no entiendo nada de pleitear. Se han echado encima del poco caudal que me dejó mi padre, acusándole de haberlo sustraído á la caja de D. Lucas del Pozo, en cuya casa de comercio servía de cajero...

LUIS. ¡Eh! El D. Lucas se lo habría comido..., sería un viejo disipado.

LORENZO. ¡Eso falta probarlo! D. Lucas ha dejado un hermano.

LUIS. ¡Tan buena alhaja como él!

LORENZO. (Colérico.) ¡Caballerito!..

FEDERICO. ¡Luis! Su hermano defiende lo que sin duda cree justo. Yo no tengo apego al dinero: que se lo lleven enhorabuena. Pero se trata de la honra de mi padre, ¡y esa la defenderé mientras tenga un soplo de vida!

LORENZO. (Conmovido.) ¡Bien, mocito, bien! Eso es muy loable! (Aparte.) Tiene razón aquélla! Vamos á ver, puede que haya medio de arreglar el negocio. D. Lorenzo, que es amigo mío, transigirá.

FEDERICO. ¡Transigir! ¡No, señor, nunca!

LUIS. (Aparte á Federico.) Es un agente de negocios.

LORENZO. Él cederá en algunos puntos.

FEDERICO. ¡Nada, nada!

LUIS. Todo, ó nada... Aquí no transigimos.

LORENZO. Pues me parece que semejante proposición, hecha por un hombre como... D. Lorenzo del Pozo..., hombre de mucho respeto..., que es candidato en su provincia para diputado...

LUIS. Le doy la enhorabuena..., y á los electores también.

LORENZO. (Aparte.) ¡Me carga el mocito este con sus chafalditas!

FEDERICO. Señor, yo no transijo.

LORENZO. Se quedará usted sin un cuarto.

FEDERICO. Corriente.

LUIS. Ya estamos acostumbrados...

LORENZO. ¡Bien! Pero tenga usted presente que es usted quien lo ha querido. Adiós.

FEDERICO. ¡Cómo ha de ser!.. Beso á usted la mano.

LORENZO. Esto no quita que... me pinte usted un cuadrito..., un cuadrito de esos..., un país... donde haya...

LUIS. Un asno... (D. Lorenzo le echa una mirada de cólera y se va furioso.)

## ESCENA VI

FEDERICO, LUIS. Luego, ANTONIA

FEDERICO. A la verdad, no acabo de entender.

LUIS. Este es un emisario de tu parte contraria...

FEDERICO. Puede...; pero esa dama que, según dice, se interesa por mí...

LUIS. ¡Adiós! Ya te echas á cavilar...

ANTONIA. D. Federico..., los mozos que han llevado el cuadro á la Academia...

FEDERICO. ¿Qué?

ANTONIA. Están ahí con él..., dicen que han tenido que traérselo otra vez...

FEDERICO. ¿Qué dice usted?.. Voy á ver.

LUIS. Y yo voy á hacer una visita aquí cerca..., vuelvo al momento.

FEDERICO. Antonia, si viene alguien...

ANTONIA. No hay cuidado..., yo estoy en mi cuarto. (A Luis.) ¡Eh! Que se deja usted la capa.

LUIS. ¿Qué capa?.. Eso no es mío. — Federico, tu capa.

FEDERICO. ¿Capa?.. ¡Si yo no tengo capa!

LUIS. ¡Hombre! ¿Pues y esa?

FEDERICO. ¡Calla!..

LUIS. ¡Otra como el almuerzo!

FEDERICO. (Echando la capa en una silla.) ¡Yo no admito esto!.. Es una limosna que me humilla.

LUIS. ¡Con el frío que hace!.. A ver, á ver... (Se la pone.)

ANTONIA. ¡Pero es cosa de brujería!..

LUIS. ¡Ah! (A Antonia.) Guarde usted ese jamón y esa empanada... para que mañana almorcemos..., ¡anciana!

ANTONIA. ¡Vaya!.. ¡Anciana! ¡Me llamo Antonia!

LUIS. Bien, anciana Antonia. (Se va con Federico.)

ANTONIA. ¡Descarado! Estos jóvenes del día... Me voy á mi buhardilla... y quitaré la llave. (Se va y cierra por fuera con llave. De allí á un momento se abre la puerta secreta de la izquierda, y salen por ella las tres jóvenes.)

## ESCENA VII

ISABEL, ENRIQUETA, CLARA

(Isabel sale delante y va á escuchar á la puerta del foro.)

ISABEL. No hay nadie.

ENRIQUETA. (Quedándose junto á la mesa.) ¡Se marchó!

CLARA. (Quedándose á la puerta.) ¡Vaya, que tenéis unos empeños!.. ¿A qué volvemos ahora?

ENRIQUETA. (A Clara.) ¡Cuidado no nos sigan! (Clara sale y cierra la puerta secreta.)  
 ISABEL. (Que ha llegado á mirar en la mesa de la derecha.) Aquí están las flores..., no ha llegado á ellas.  
 CLARA. (Pasando en medio.) Pero las ha visto. ¡Pobrecillo! Esto le distraerá de sus penas.  
 ENRIQUETA. (Mirando en la mesa de la cena.) ¡Oh, lo que es la cena no ha sido desairada!.. ¡Y qué temprano ha cenado!  
 ISABEL. ¡Ya!.. ¡Como que el pobre no verá mucho de eso!  
 CLARA. Tampoco quiso tocar el dinero que le puse en el bolsillo...; pero el casero recibió el importe de los dos meses... ¡Quererle echar por dos meses!  
 ENRIQUETA. ¡Bribón!.. Entonces sí que hubiera sido imposible seguir protegiéndole... si se va de este cuarto.  
 ISABEL. (Dando un grito.) ¡Ay! (Deja caer de golpe la tapa de una caja.)  
 CLARA. (Asustada.) ¡Ay!  
 ENRIQUETA. (Corriendo á la puerta secreta.) ¿Viene gente?  
 ISABEL. ¡No, no!.. ¡Es que he visto... ahí en esa caja... unas pistolas!  
 ENRIQUETA. ¡Qué susto he llevado!  
 CLARA. ¡No me quedó gota de sangre!..  
 ISABEL. Como el pobre está tan triste..., padece tanto..., se ve huérfano, sin amigos..., sin recursos..., en un momento de desesperación... ¡quién sabe lo que puede hacer!.. ¡Y á mí me da un miedo ver pistolas!..  
 CLARA. ¡Qué disparate!.. No está en ese caso.  
 ENRIQUETA. (Pasando al centro.) ¡Eso podía hacer el ingrato!.. No: yo creo que el corazón debe decirle que hay alguien en el mundo que piensa en él.  
 ISABEL. ¡Sí que debe decírselo! (Acercándose á la mesa y escribiendo.) ¡Ah!  
 ENRIQUETA. ¡Y si él supiera á cuánto nos exponemos por consolarlo, particularmente yo!.. Tal vez hago mal; ¡pero me interesó tanto lo que Isabel me contó... y lo que luego me has dicho tú..., y es tan desgraciado!..  
 ISABEL. ¡Siempre trabajando y sin fruto! (Pone un papel en la caja de las pistolas.)  
 CLARA. Y luego el dichoso pleito...  
 ENRIQUETA. Pero en ese pleito, tú...  
 CLARA. Ya..., ya veremos..., déjame á mí.  
 ENRIQUETA. Entre tanto es una suerte que se haya venido á vivir aquí..., así podemos socorrerlo, sin necesidad de descubrirnos ni aun con él mismo.  
 CLARA. ¡Oh! ¡Eso por supuesto!.. Tiene pocos años..., y no sabría callarlo.  
 ISABEL. Pues yo creo que sí... ¡Es tan reservado..., tan melancólico!.. ¡Siempre está solo!  
 ENRIQUETA. Nuestra memoria le hará compañía.  
 ISABEL. ¡Buena compañía!.., si no nos conoce. Si nos conociera..., á lo menos, á alguna de las tres...  
 CLARA. Puede que perdiéramos en ello.  
 ISABEL. ¡Quién sabe! Quizá el agradecimiento...  
 ENRIQUETA. Ya nos verá... mañana. Lo que oímos antes por esa puerta..., cuando se quejaba con su amigo..., ya lo he contado..., y surtirá efecto.  
 CLARA. (Pasando al centro.) ¡Cuidado..., cuidado con una imprudencia! Por el pronto contentémonos con socorrerlo: más adelante veremos... Lo que es la pintura creo que no lo ha de enriquecer.  
 ISABEL. Pues á mí me parecen muy bonitos sus países!  
 CLARA. Sí... Pero de todos modos, mejor es que tenga dinero..., y si no..., algún destino...

ENRIQUETA. ¡Es verdad..., un destino!.. Y eso ya sabéis que... yo puede que consiguiera...  
 ISABEL. Pues á mí..., ¡qué sé yo! Los empleos..., mejor le quisiera pintor... y que ganara su pleito.  
 CLARA. El pleito..., ya he dicho que veremos, algún paso he dado ya...  
 ISABEL. Y así que se halle acomodado..., establecido..., ¿qué haremos?  
 CLARA. Entonces.  
 ENRIQUETA. Entonces... casarlo.  
 CLARA. ¡Casarlo!.. ¡Ya! Tú...  
 ISABEL. ¿Por qué no?  
 CLARA. ¡Hola! ¿Por qué no?  
 ISABEL. (Bajando los ojos.) ¡Vaya! Quién sabe si él quiere á alguna...  
 ENRIQUETA. Ya veremos... Si él quiere á alguna..., le casaremos con ella. (Óyese el ruido de la llave en la puerta del foro.)  
 LAS TRES. (Corriendo asustadas á la puerta secreta.) ¡Ay! ¡Que vienen!  
 ENRIQUETA. (Forcejeando.) ¡Está cerrada!  
 CLARA. ¡Yo la cerré... sin acordarme!  
 ISABEL. ¡Dios mío! (Clara é Isabel echan á correr y se esconden en la alcoba: Enriqueta se mete detrás del biombo.)

## ESCENA VIII

LUIS, CASIMIRO, ANTONIA, LAS TRES escondidas

LUIS. Gracias, Antonia. ¿Conque no ha vuelto Federico?  
 ANTONIA. No, señor. Lo que es ahora no tengo la menor duda. A la puerta de mi cuarto me he estado cosiendo..., y con la llave en el bolsillo... (Mirando alrededor.) Me parece que esta vez no dirá...  
 LUIS. Le esperaremos. — Entra, Casimiro. Me alegro de haberte hallado á la puerta..., así te haré compañía.  
 CASIMIRO. Yo también me alegro, porque tengo precisión de verle..., necesito hablarle..., quiero pedirle explicación sobre cierto chisme...  
 LUIS. ¡Bah, bah! (Durante esta escena, Antonia quita la cena y arregla los muebles.)  
 CASIMIRO. (Pasando á la derecha.) ¿Este es su cuarto?.. ¡Pues no es gran cosa el cuarto!  
 LUIS. ¡Un poco alto!.. Los artistas..., los genios siempre andan allá, por los cielos. Tú no eres de esos..., tú eres rico... y te vas á casar.  
 CASIMIRO. ¡Mucho que sí! ¡Con una chica preciosa! Enriqueta... ¡Qué bonito nombre! Vive aquí cerca..., á la vuelta..., calle de Alcalá... Es sobrina del ministro de..., y su tío la ha ofrecido un regalo de boda... Yo creo que el regalo será colocarme...  
 LUIS. ¿Y á qué quieres empleo?.. Tú eres rico...  
 CASIMIRO. Siempre un empleo... para ser algo en el mundo...  
 LUIS. ¡Ya!.. Y ver su nombre impreso... en la *Guía*.  
 CASIMIRO. ¡Pues! (Yendo hacia la alcoba.) ¿Esa es su alcoba?.. ¡Eh, eh! Qué cortinillas!.. ¿Y no hay más pieza que esta?  
 LUIS. (Dando con la mano en el biombo.) Sí...; con este biombo se hace aquí otra. — Antonia, un poco de fuego en la copilla.  
 ANTONIA. Ahí tiene usted fósforos.